



"Breviario" de Edwards Bello sobre Valparaíso

La Editorial de la Universidad de Valparaíso ha comenzado la publicación de una colección de "breviarios" —libros de consulta instantánea, como acontece siempre con los reportes brevísimos— cuyo primer ejemplar es "Valparaíso perdido".

Recopilación de textos de Joaquín Edwards Bello.

En el prólogo de la obra, Agustín Squella, se pregunta:

«No será Valparaíso, siempre, todo Valparaíso, simplemente el festín de una ciudad que nunca ha podido pertenecer por entero a ningún presente?»

«No será su drama, y su grandeza, ser inconspicuamente no de ahora, sino de ayer? ¿No habrá ocurrido siempre con sus miradas, antes y ahora, que han soñado a Valparaíso en vez de habitarlo? ¿Seremos hoy, nosotros, quienes hemos recibido el encargo de repetir y prolongar ese sueño?»

Valparaíso, un sueño. Valparaíso, un recuerdo.

¿Quién puede decir dónde está realmente Valparaíso?»

A continuación ofrecemos algunos extractos de estas páginas inolvidables de Edwards Bello incluidas en el "breviario".

como rojo del cerro Barón, esto es, unas casas rojas, despedidas por el sol que se pone al otro extremo de la ciudad. El contraste de la calle oscura y solitaria, delirio, con la parte clara de arriba es admirable y común en Valparaíso. Cigülas y torres en la Plaza Victoria. Desde la calle Eleuterio Ramírez y Salvador Donoso, mirando al cerro del fondo, se ve el antiguo edificio de La Unión



Joaquín Edwards Bello contemplando de su taller Santa Fe, iglesia en el cerro de la Plaza Victoria de Valparaíso (Iglesia de Santa Fe).

en la base. Más allá, el edificio moderno de la Cooperativa Victoria, y la roca roja del templo de San Lázaro. Otro tema para el pincel de Mori. Por las mañanas la vista de la calle Pedro Montt, donde se divide frente al parque, parece la ilustración de un cuento de niños. Es una ciudad de curules de juguete, recada de su flamante y hermosa caja, con sus palmetas, sus flores, sus liendres, sus rejías, sus balcones, sus cúpulas plateadas y su an-

falso, bratido y llao hasta la avenida Argentina. Al fondo, el cerro a la distancia requerida para no ver de él sus laceras, sino solamente los pastoreos. De noche, cuando se entra por el camino de Vial, la ciudad, con centenas de perros y de gatos, con sus luces en el enorme ruido hasta Playa Ancha, con la luz dorada de la luna y una sola estrella, es la estampa de Constantinopla, en su tapiz fabuloso. Caballos y burritos pasan todervia por sus calles. Preguntó a una chiquilla decolada que cuidaba un burro por el nombre de la calle en que estaba, y me respondió:

«No soy de aquí. Soy de Las Ramaditas».

Un aviso: "En Valparaíso, por términos de sucesión, se vende o se traspaasa local: Pastelería Ramón Clar". Olevi: Condeff 1403.

Un portero, además, me ha dirigido este recorte de diario. Dice: "Ramón Clar ahora, antes la Gaseosa de nuestros tiempos, se disuelve".

«Nos habremos sobrevivido».

Soy tal vez viejo que el de la amable carta. Nací a pocas pasos de la "Gaseosa", en la calle del teatro, hoy Salvador Donoso. Nací en el número 43 de dicha calle. La Gaseosa, pronunciación Guad, con acento en la a, por sí sale horrodo. La Guad era una pastelería de tipo parisienne, en un Valparaíso próspero, antes del canal de Panamá y del puerto de San Antonio. Estuvo tan bien alhajada como la famosa Rumpelmayer, de la calle Rivoli, en París. Lámparas con mecheros de gas, lunas venecianas, mesones con bordes dorados, letteras como joyas, en cristales relucientes. Mesitas cubiertas de mármol, sillones de estilo, tapices y grandes cuadros con ilustraciones de pinturas de paisajistas franceses. Pastelería, heladería y dulcería clásica. Glacé, pastisserie, fondants, tartes, babas au rhum, caramel au, chocolat, thé, café.

La firma en bronce, mármol y cristales fue Gaseosa Quemado: después fue Trenit, y ahora, la penduliera, Ramón Clar.

Lo que ha permanecido igual es la instalación.

Marejada de arte comercial francés de fines del siglo pasado.

Vayan "a la Guad" —decía mi padre— los domingos.

El 26 de julio —Santa Ana— Regalo a casa la tan esperada torta monumental de "la Guad". Castillo anacorado de un metro de altura, con base de pasta de almendra, montado en gajos de salsas y yemas de huevos confitados hasta la forma del tupo con el nombre de mi madre en banderita festiva.

Los almancen de Valparaíso tienen un color especial a café, achicoria, rchensera y frutas secas. Nací en estos colores, ruidos y colores. Los libreros tienen un carácter especial. Y los letreros al rojo. En un bar dice con tiza «old beer, cerveza helada en inglés. Hay un botellito Old Boy. Hay partes gringas, partes alemanas, partes españolas e italianas. La más pintoresca es la inglesa, o gringa. En la parte de La Capilla las mujeres nocturnas llamaban a los marineros diciendo laquita, comidón, esto es, look here, come along. Lo mismo pasaba en Hong Kong, donde existe una calle Comidón. Hay un bar Scala de Milla, con diez escalones para bajar, de estrada. Muy pintoresco, pero no es esto lo que me propuse recordar ahora. El ruido más familiar de Valparaíso es el de la campana del tiro, cuando suena por Bellavista.

Esta mañana fui al Parque Italia. Se ha llamado Abadía y Victoria antes de llamarse Italia. Los municipales se divierten. Hoy veo diferente al parque. Calle entre me dice algo de mi niñez y juventud: donde vi a las hermanas P.N., donde tomé leche al pie de la viga, donde poliofobia, donde se prologaba el polio de don Fernando Silva Macquie; donde peleaban Luis Sim con el cadete Aray. Han muerto todos: el Corintio, el Chupito Bianchi, el Loco Astor, Aray... Me paseo solo. Las estatuas de mármol del parque han disminuido y la reja voló. Las estatuas de mármol son las mismas y pasó mil veces por entre ellas. Ahora me parece que las veo con otros ojos. Antes no supe valorar su belleza. Son parte del botón de guerra de 1879. Era de Lima, del Palacio de la Exposición.

Aquí está el Cien Avenida, vecino del gasómetro. Es único en el mundo. Se entra por el proceso y no tiene salida al fondo.

Vamos caminando al ascensor más extraño de la ciudad. Es un ascensor de Edgar Poe. Un túnel, una torre y un puente. En de dos pisos. A su lado la eterna escalera de los poleros. Todo en escaleras en Valparaíso. Hasta los mercados. Primero el túnel. La catatumba. Jamás se pudo imaginar algo así. Cien lucas de día. Cien lucas en línea. El túnel tiene 150 metros. Es húmedo, fúnebre, infernalmente. Oscuro, no obstante las luces. Miles de habitantes de Valparaíso no conocen el ascensor de los suicidas.

Valparaíso, la ciudad del viento. Valparaíso, la ciudad de los gatos. Valparaíso, la ciudad de los canchales. Valparaíso, la ciudad de las cigülas. En las dos más lindas calles de Chile, Pedro Montt y Victoria, veo dos cúpulas plateadas y algunas torres. Las cúpulas son de Polinesia y de La Europa. Hay, sin duda, un notable plateado en la ciudad. El gusto por lo plateado nos sorprende en rejías, en balcones y en puertas. La limpieza, el escaso público y el tránsito limitado dan a estas cosas un encanto que no todos perciben y que algunas mañanas, o al caer la tarde, me dejan extasiado en el más ruidoso. ¿Quién tuviera pincel, o Lelica, en tales instantes? Las cúpulas, torres y rejías, junto a los ruidos bermejos, me recordaron los versos de Pava desde a Toledo. Las cúpulas son más impresionantes en las tardes, cuando el sol se pone. Por la calle Chulilla, corta y oscura, en la Plaza O'Higgins, se ve la parte alta, o no-



"Breviario" de Edwards Bello sobre Valparaíso [artículo].

Libros y documentos

FECHA DE PUBLICACIÓN

1994

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

"Breviario" de Edwards Bello sobre Valparaíso [artículo].

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile